ARMAS Y ARTE BELICO DE LOS «CONQUISTADORES»

POR

CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS

En alguna parte he leído que Fray Bartolomé de las Casas escribió sobre América como un americano, en tanto que Oviedo, Solís, Castillo y tantos otros compatriotas nuestros lo hicieron como españoles.

Sin duda la historia se reproduce de un modo extraño. Se reproduce, mejor dicho, de varios modos diferentes. Tan pronto se describen hechos pasados cual si ocurrieran en días nuestros, sin siquiera actualizarlos, como en otros casos se procura retroactualizar lo más reciente para encajarlo en cierto ambiente que no existe ni ha existido nunca. Y lo triste del caso es que este asunto —inconsciente o apasionado— tiene remedios deficientes; el enjerto impera sobre la voluntad de quien desea unificar, y, por desgracia, en el caso concerniente a este trabajo, entremezclando lo no visto con lo leído, lo estudiado a fondo con lo aprendido algo de prisa, los pareceres de entusiastas y de ecuánimes, lo escuchado a quien se ha dedicado francamente a la materia y cuanto me ha hecho mella por la imagen más que por la letra..., voy a incurrir —seguro— en lo que tanto quiero evitar.

Para un soldado, la historia de la Conquista es apasionante. Lo es, sobre todo, a causa de la inflexión que sufre al compararla con la historia del mundo conocido hasta la fecha en que el episodio magno se produjo. Tiempo y espacio suelen ocasionar determinadas variaciones. Pero hay casos —quizá originales— que permiten confirmar las grandes reglas. Londres y Washington ofrecen ciertas semejanzas urbanísticas, así como Alcibiades y Unamuno han demostrado tener genialidades no dispares.

A veces, los tiempos coinciden. Son como vértice de un ángulo cerrado o extraordinariamente abierto. Ocurre entonces que los espacios se miden sobre rumbos divergentes, coincidentes, en muchos casos, con los ángulos citados. Tales espacios, de esta manera, se separan entre sí rápidamente, sin que el tiempo los aleje; y tan separados quedan, en determinadas circunstancias, que los protagonistas de hechos acaecidos simultáneamente se ignoran tanto como seres de unos mundos diferentes.

Esto fue lo sucedido, en relación a historia nuestra, cuando acababa el siglo XV y comenzaba el XVI. Vértice del ángulo: Granada (en 1492). Un vértice gigante, con honores de planeta: un vértice astronómico o muy poco menos. Los lados, más que divergentes, eran casi opuestos. Apuntaban hacia el Este y el Oeste: a Nápoles y a las Antillas. Once años sólo, desde la rendición de Boabdil «el Chico» hasta la batalla de Ceriñola; y un período semejante (o muy parecido) desde la hora en que Colón firmó sus capitulaciones, salió de Palos de Moguer, tocó en Guanahaní y descubrió La Española y Cuba, hasta la hora en que sus colegas de la primera travesía transformaron el Descubrimiento en albores de una Conquista magna. Gonzalo de Córdoba, en Italia, se halla a punto de vencer en Garellano, sin saber siquiera quién se encuentra al frente de las fuerzas que se apoderan de Haití; y Nicolás de Ovando, gobernador de las Antillas, no se da cuenta de que un trincherón inmenso, que se halla al pie de un gran viñedo, va a contribuir, allá en Calabria (que los conquistadores desconocen), a que España llegue a ser tan fuerte como Europa entera, en compacta masa. Una sola fecha, en América e Italia (1503). Dos núcleos de hombres que pelean sin saber cada uno cómo lo hace el otro. Comienzos simultáneos y evoluciones casi opuestas. Armas distintas, porque manda la distancia, y sistemas discrepantes, porque los enemigos son diversos. En tanto que en Italia Gonzalo Hernández —según lo llamaba Isabel I— transforma métodos y sienta bases de la Infantería española (madre de la europea)..., los Ovando, los Grijalba, los Hernán Cortés incluso, parten de la nada, para con nada hacerlo todo: conquistar América, no menos.

Las historias militares —españolas y extranjeras— se ocupan con detalle de las batallas de Gonzalo; pero ninguna de ellas nos explica de qué modo se luchaba —cuando esto era preciso— en las Antillas y en Tierra Firme. Sobre Ceriñola, Garellano, Rávena, Mariñano, La Bicocca y, en fin, Pavía, se encuentran versiones detalladas en los libros de Guicciardini, Sandoval, Ferrer del Río, Pieri, Almirante, etc.; mas sobre entradas en Colombia, exploraciones en Honduras, desembarcos en Yucatán e internamientos en la zona mejicana, los Fernández de Oviedo, los Gómara, los Díaz del Castillo, los Solís, etc., nos dejan —cabe decir— con la sola impresión de unas negociaciones más o menos engañosas y de unos encuentros en que las masas se acometen desordenadamente. Nada nos explican sobre cómo se tiraba, ni sobre proporciones adoptadas, táctica seguida y política aplicada. Nada, o muy poco. Nos dejan solamente la impresión de que los años decidieron antes que los jefes. No obstante, yo quisiera, sobre tales asuntos, pre-

sentar un algo indispensable, no para enseñar, sino tan sólo a fin de resumir lo que se sabe.

☆

El famoso vértice de nuestra doble historia abarca, desde un principio, la Alta Andalucía y algo más. Se reduce luego al lugar que Francisco Pradilla elige para su hermoso cuadro sobre el acto culminante de una guerra que había durado más de ocho siglos. Una reducción tan lenta o rápida como la contienda que sostuvo la Reina Católica y dirigió Fernando de Aragón para lograr la unificación de España. Diez años de pelea. Diez años quizá más largos que los actuales, porque hoy el tiempo se empeña en que todo se concluya urgentemente. Durante ellos surge la verdadera infantería española, señalando ya una pauta decisiva: preponderancia sobre todas las restantes, y, entre ellas, las de «las naciones» —así llamadas en España—, cuando una a una se nos unen, aun sin considerarse con la esencia de su espíritu futuro.

Desde el vértice —lo he dicho ya— dos móviles se alejan hacia metas contrapuestas. El viento se las lleva. En las naves de Levante van soldados españoles con el fin de adelantarse a los de Francia. Están dispuestos a aprender lo necesario para vencer doquiera se presenten. Son la mejor infantería del mundo; pero aún quieren superarse. Por el contrario, en las carabelas o en las naos que cruzan el Atlántico, van marinos (más que soldados) y navegantes (antes que combatientes); van también aventureros cuya misión es indefinida; van, en fin, algunos frailes y unas docenas de andrajosos que en su día competirán con los soldados de Italia. Hacia Levante, espingardas y ballestas; pero en la Mar Océana, piqueros y flecheros (en proporción mayor); y, junto a los haces de tales armas, yugos de Castilla, casullas, cálices y crucifijos. No es lo mismo combatir que descubrir; pero en agosto de 1492, cuando el siglo XV se concluía, nadie sabía aún que la futura lucha se iba a convertir en el preludio de un período de mucha gloria para el ejército de España. Sin duda, las lecciones aprendidas en Italia servirían de base a las victorias de Hernán Cortés y de Pizarro, al tiempo que las ceremonias celebradas en la Isabela y en Fernandina serían exaudidas por el Altísimo y retransmitidas a La Bicocca y a Pavía.

☆

Más que jalón, la guerra y toma de Granada fue algo parecido a una bifurcación de carreteras o al desdoblamiento improvisado de una autovía moderna. La citada guerra da principio con un estilo militar

que estaba ya en plena agonía, en tanto que su fin —que es rendición de la ciudad— se efectúa con el germen de un sistema que va a servir de base al de los tercios de Flandes. A medida que el arma arrojadiza es sustituida por la de fuego, el jinete echa pie a tierra para utilizar mejor la suya. El caballo pierde importancia, momentáneamente al menos. Los estradiotas no protegen ya a los grandes caballeros, provistos de coraza y yelmo, y rodeados de pajes que les ayudan, sino que aseguran con su título reciente —«caballos ligeros»— el frente y los flancos de unas a modo de falanges resurgidas. El noble caballero se retira, en tanto que el infante se transforma en fragmento de alma de una gran masa viviente. El primero, que ostentaba un apellido ilustre, es reemplazado por «expósitos» o por «fulanos». En vez de luchar con un vestido flamantísimo, el nuevo combatiente viste unos harapos recosidos por él mismo y cuyos colores sólo sirven para disimular roturas y manchones (1). Ya no se habla de faláricas ni de venablos, de jabalinas ni de aconcios (2). Arcos y flechas se reducen, y el fuego entra en acción tímidamente. La ballesta coopera tanto a un mayor alcance como a la puntería. El arcabuz, pesado aún, equivale a un simple perfeccionamiento del cañón de plaza y sitio que ha nacido cien años antes. En este último, la piedra calcárea reemplaza pronto a las «pelotas férreas». Nacen las bombardas. Se prevén las culebrinas y los sacres. El mosquete entra en las lides. La mecha se utiliza. Pero la transformación es lenta. Principio y fin se superponen despaciosamente. Carlos VIII, rey de Francia, entra en Italia con el primer conjunto histórico de piezas de campaña (1487), casi cuando, en Vélez-Málaga, las pesadas «bocas» del Rey Católico se hallaban como a punto de causar una derrota, por no encontrarse en condiciones de cruzar la sierra. Fuego a un lado y fuego al otro, sin que las ballestas se hubiesen aún perfeccionado ni hubiesen nacido los fusiles; y aún conviene recordar que esas ballestas tenían mayor alcance que los propios mosquetes. El estampido de éstos retumbaba y su fuego extremecía. El

---

(1) Lo dicho en el texto se refiere fundamentalmente a la tropa constituida en núcleos de combate. En cuanto a jefes, algo de lo mismo sucedía, si bien los propios conquistadores, tras la obra grande realizada, reconocían difícilmente la diversidad de clases que imperaba. En su *Historia de la Conquista de Méjico*, BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO se expresa como sigue: *Si bien se quiere tener noticias de nuestras personas, éramos todos los más hijo-dalgos, aunque algunos no podían ser de tan claros linajes, porque triste cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, en generosidad como en virtudes.* Biblioteca de Autores Españoles (Edición de 1853, tomo 26).

(2) *Falárica:* dardo que llevaba debajo del hierro o flecha, una pelota o madeja de estopa embreada y empapada en líquido inflamable. *Venablo:* nombre genérico que se empleaba para designar los chuzos o lanzas de asta corta que se lanzaban con el brazo. *Aconcio:* dardo usado por los griegos, mas cuyo nombre se ha aplicado con frecuencia a toda clase de armas arrojadizas [ALMIRANTE: *Dicc. Mil.* (pp. 492, 1117 y 10)].

cañón sonaba más que el griterío. Pero, cosa extraña a la sazón, la flecha, con cinco mil años de vida, conservaba el puesto que había tenido en Troya y en Arbelas, y el que aún tiene en Africa y en Polinesia.

Por su parte, la pica abunda. Gonzalo lleva a Italia muchos piqueros. Su baratura y las victorias muy recientes de los soldados suizos en Grandson y Morat (1476), son factores que las renuevan y las mantendrán en uso durante un par de siglos más. El infante emplea la suya fácilmente. Empuñándola con fuerza, se siente protegido. El arcabuz le sirve sólo —a su entender de entonces— para tumbar a un adversario que no intenta matarle. El cuerpo a cuerpo sigue en auge, y en él se basa el modo de vencer.

Tales son las armas y los hombres que luchaban en pro de cierto imperialismo que no lo era entonces; y tales fueron los ejércitos que cruzaron el Mediterráneo en busca de gloria para España. A la sazón no había —o no se conocían, mejor dicho— más ondas que las del agua, ni mayor velocidad que la del viento. Cada cual tenía su centro, y éste estaba en medio del espacio. Cada soldado era el primero, siquiera expuesto a quedarse en cola. En igualdad, nadie pensaba. A nadie convenían las semejanzas. La artesanía progresaba, y la vida —con tanta guerra y tantas epidemias—, sin higiene ni remedios, ocupaba el puesto básico del pensamiento humano.

Pero en América la regla falla. Lo usado parecía suficiente para los primeros que embarcaron. Arcos y flechas, para las fieras. Picas historiadas, lanzas y alabardas, servirían de sobra para combatir con los indígenas; y, sobre eso, unas cuantas armas de fuego bastarían para amedrentar a los posibles adversarios. Lo demás vendría más tarde. La Conquista invertiría el orden de los sumandos. La angustia futura y las remesas que se salvaran de los grandes temporales nos abrirían camino hacia una tierra más extensa que casi todo el mundo conocido a la sazón. Una tierra ignota, a la cual faltaba sólo ser cristiana. Pero el metal precioso trastornó muchas cabezas. Algunos hombres se decían que era un dislate buscar oro a tal distancia. Un oro oculto; mas la varita mágica —dardos y pólvora— señalaron bien el medio de encontrarlo. Un tanto de misterio solamente. Más tarde nadie supo exactamente de qué lugares fue traído el metal maravilloso que llenó la estancia de Cajamarca para intentar la salvación del célebre Atahualpa. Objetos de oro, en un tiempo en que los ríos estaban casi exhaustos de arenillas y en que nadie conocía una mina auténtica. Algo, sin duda, estaba muy escondido; algo que acaso siga en su guarida. No ha de olvidarse que Machu-pichu no fue descubierto hasta bien entrado el siglo XX.

Con la vestimenta otra disparidad existía (3). El uniforme estaba en baja cuando Granada en auge. Pero, a pesar de todo, las fuerzas que iban a Italia adquirían pronto un cariz castrense, mientras que a bordo de las naves de Colón predominaban trajes que parecían destinados a trabajar en las antiguas almadrabas. De una parte, calzones cortos (que formaban parte de la aljuba), calzas de cuero, medias musleras y galas bien cuidadas; mientras que, de otra, torsos desnudos, pies descalzos, túnicas viejísimas, pantalones incoloros, y, por todo lujo, un cinturón de cuero que cooperaba a dar la sensación de estar vestido arregladamente.

La vieja armadura había desaparecido. Las más lujosas se diferenciaban ya de la de Carlos V, que resalta prestigiosamente en la Real Armería de Madrid. Desde los arneses de Sancho IV y Alfonso VIII (4)...; desde el colectivo empleo de cada modelo (5)...; desde el conjunto de «punta en blanco», que pesaba hasta seis arrobas (6), y desde el tiempo en que hasta los lebreles iban acorazados contra los jabalíes castellanos (7)..., pieza a pieza, todo se había desmoronado lentamente. En pleno XVI y XVII, las personas reales y los grandes señores se retrataban con atuendos que estaban ya en desuso... en parte siquiera. El peso resultaba insoportable; el efecto, jamás seguro. El rey de Francia, Enrique II, sufrió un lanzazo que le causó la muerte, en plena justa, frente a su propia Corte, porque el arma de su adversario resbaló más de la cuenta. De otra parte, la cota de malla empieza

---

(3) Para estudiar la vestimenta de los siglos XV y XVI tenemos sólo grabados de época que no dan perfecta idea de cómo la plebe se cubría, y cuadros pintados por célebres artistas en que la figura corresponde a un alto personaje, que sin duda se atildaba especialmente para el retrato que se le iba a hacer.

(4) Sancho IV, en confirmación de cierto privilegio que Don Alfonso VIII dio a los doce linajes de Soria, dispuso que (a) *todos los reyes que fueran en Castilla después d'el, que les diesen el primer año que regnasen cient pares de arneses, escudos, capellines y sillas... é nos ahora, por les facer bien é mercet a los caballeros de Soria... que hagan estos cient pares de arneses así como sobredicho queda* [ALMIRANTE: *Dicc. Mil.* (p. 66)].

(5) Olvidando un poco los famosos aros metálicos que recubrían o adornaban las mini-faldas de los romanos, cabe asegurar que Alfonso «el Justiciero», en el sitio de Algeciras (1334) fue quien primero utilizó las armaduras de cuerpo entero. Es más, el citado rey, en 1338, dispuso lo que sigue: *El que ha de ir a la guerra sea tenido de llevar el su cuerpo y el de su caballo armados, e de llevar quijotes et canilleras* [Idem (p. 67)]. «Quijotes», según el propio ALMIRANTE, eran las piezas *que se sugetaban a los muslos con correas y hebillas* (p. 936); y «canilleras» (o «canilletas»), *las destinadas a cubrir la tibia o canilla* (p. 217).

(6) Las primeras armaduras *de punta en blanco* estaban constituidas con el alpartaz, la cota de malla, el bacinete, la visera, la gorguera, el peto, el espaldar, el plastrón, el añabrazo, los guanteletes, la coraza, los quijotes, las canilleras, los zapatos herrados, el musequíe, la jaqueta, el galato y la jornea [CONDE DE CLONARD: *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas, desde la creación del ejército permanente hasta el día de la fecha* (tomo I)].

(7) ¿Quién sabe si la armadura de lebrel, que un buen aficionado descubrió hace menos de cien años, no fue un ejemplar utilizado en nuestras andanzas de Ultramar, cuando los perros se empleaban cruel e inhumanitariamente en la caza o captura de esclavos indios?

pronto a ofrecer más ligereza y seguridad que el doble corselete de chapa reforzada (8). La celada, en fin, se simplifica: la visera se alza, la cara se descubre, la forma varía (9). Y tantas fueron las modificaciones realizadas en pro del bienestar y la economía, y aun por menospreciar la propia vida, que alguien llegó a decir —yo no recuerdo quién ni dónde— que los grandes caballeros de la época pasada se habían ido poco a poco desnudando (10).

Todo bastaba en Ultramar. Los viejos arcabuces utilizados en Méjico —muy pesados, imprecisos y de alcance insuficiente— obligaban a los flecheros enemigos a permanecer a la distancia necesaria para que sus armas sólo fuesen eficaces por sorpresa. Pero, el jefe tenía que destacarse. Sin privilegios especiales o sin algo notorio en el vestir, no habría sido respetado. El miramiento exigía una manifestación externa: ostensibilidad. ¿Por qué había de inspirar mayor acatamiento quien, vestido igual que todos, caminara de igual modo y diera en cada piedra un tropezón idéntico? En pleno siglo XVI, con lo social en ciernes y la Ilustración en sus albores, algo tenía que haber que despertara la obediencia. No olvidemos que Gonzalo de Ayora escribió su famosa *Pelea en ordenanza* (11) en 1503. Antes, entusiasmos nacionales solamente. Un *espíritu bélico* que la naturaleza proporcionaba y otro *militar* que la civilización traía.

Sobre disciplina, en fin, poco era lo fijado reglamentariamente. No es extraño. Un autor de punta nos asegura que el primer libro que se escribió sobre este tan trillado asunto fue el publicado por Dubellay-Langey, allá en el año 1535 (12). En la antigüedad la disciplina procedía del castigo, y no del razonamiento. El hombre iba en la masa y no se apartaba de su puesto. La rodela le servía contra el lanzazo o la saeta, cuando caían los que estaban en las primeras filas. Perdido, dentro, el orden muy cerrado cooperaba a su inmediata protección. Pero, en América, las filas se espaciaron, y las hileras igualmente.

☆

---

(8) Esta toma aspectos muy diversos, entre los cuales merecen cita: las simples cotas de cadena, las de anillas metálicas, de escamas superpuestas y de «puntos» especiales (tan variados acaso —dichos «puntos»— como los que inventaban nuestras abuelas, tricotando mañana y tarde, para matar el tiempo que a la sazón sobraba).

(9) La celada apareció en España con los acompañantes de Felipe el Hermoso. Al igual que sucedió más tarde con *las picas* (o «los picas» que la usaban), pasó, primero, con *las celadas* (o «los celadas» que la utilizaron). El hombre sustituyó a la prenda, en cuanto a palabra concernía.

(10) Nota de archivo.

(11) *Cartas de* GONZALO DE AYORA, *cronista de los Reyes Católicos, primer capitán de la Guardia Real, primer coronel de Infantería Española, e introductor de la táctica de las tropas de a pie en estos reinos.*

(12) ALMIRANTE: *Dicc. Mil.* (p. 354). La traducción de DIEGO GRACIÁN formaba parte de su célebre *De re militari,* aparecido en 1567.

A fin de presentar algunos comentarios sobre el arte militar seguido por el tan conocido núcleo que cruzó el Atlántico en busca de aventura, de riqueza y de imponer el cristianismo a los paganos de la tierra descubierta, prescindo en absoluto de «quién es quién» en la Conquista, así como del orden en que los episodios se desarrollaron. Doy la historia por sabida. ¿Qué menos, ante lectores de estos CUADERNOS? No me preocupo de los nombres ni de la cronología. La noche triste de Tenoxticlán, la victoria de Otumba, la aventura de Balboa, la rebelión de Santo Domingo, el Magdalena, el Orinoco y —si continúo— la entrada en Cuzco, la gran batalla de Salinas, la muerte de Valdivia... figurarán —acaso sí, o quizá no— sólo a medida que las disquisiciones sucesivas lo requieran. Pero ese desorden —aparente al menos— tendrá un objetivo terminante: el de concentrar los episodios no dispares, a fin de agruparlos como ejemplos de la fase presentada en cada párrafo. Y, de este modo, casi olvidando nombres, dejando aparte o entremezclando fechas, coordinando lo pequeño con lo grande, lo importante y lo sencillo..., comenzaré por los tanteos realizados para pisar la tierra americana; hablaré después de las «entradas», cuyo resultado fue el conocimiento de los hombres y de sus costumbres; pasaré a los éxitos logrados (en cuanto a hallazgos y a buenas amistades); trataré de los disgustos y de los contratiempos; entraré en ciertos detalles concernientes a los combates que unos y otros sostuvieron, y terminaré esbozando las excursiones estratégicas, sin olvidar, desde ahora, que para organizarlas fue preciso pensar en fuerzas bien instruidas, escoger los capitanes, pedir a España mejores armas y acercarse poco a poco —y en lo posible— a los métodos seguidos en Europa por unos ejércitos que, a más de poseer un armamento inmejorable, se hallaban, lo mismo en táctica que en estrategia, entrenados en el arte de una guerra cuyo clasicismo, a la sazón, era punto menos que absoluto.

Empiezo, pues, con la llegada. Un asunto muy complejo. Es tan difícil poner en claro lo ocurrido en los comienzos del Descubrimiento, que don Pascual de Gayangos, en nota que aparece al pie de la primera página que reproduce la «Segunda Carta de Hernán Cortés a Carlos V» (fechada en 30 de octubre de 1520, en Segura de la Sierra) (13), pone de relieve que «la primera era distinta en su contexto de la enviada por los regidores y justicias de la Rica Villa de Veracruz». Confío, no obstante, en que tales errores no influyan demasiado sobre el asunto que pretendo resumir en este estudio.

---

(13) *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al emperador Carlos V, colegidas e ilustradas por don Pascual de Gayangos* (París, 1866).

Sin duda, el primer contacto con América fue ponderado y poco firme. En estos meses últimos se ha hablado mucho y escrito aún más sobre la dudosa playa de las Lucayas en que el europeo puso pie, por vez cronística primera, tras cruzar todo el Atlántico, en la tierra ignota que enfrente había. Hoy la inseguridad prospera. Después de un período en que la Historia se había abstenido de controversias, surge una polémica —aclaratoria o enredosa— que, ya iniciada, resulta necesario liquidar. Pero si en relación a tales días tenemos dudas sobre cuáles fueron los entrantes de la costa que se abrió de par en par a los conquistadores, no los tenemos —o creemos no tenerlos— sobre el modo de iniciar la operación aislada que en cada caso nos indujo, después de un viaje más o menos prolongado, a hollar la tierra firme. En cada caso, los tanteos se parecían. Desde La Española, en los muy primeros tiempos, se organizaron expediciones a otras islas aún desconocidas. Núcleos de hombres reducidos desembarcaban fácilmente, y pronto dominaban el conjunto, tanto a causa del asombro producido como por el temor que su presencia originaba. Casi siempre, una bahía que se escogía con cuidado. Sondeos perennes para llegar a un fondeadero próximo a la playa, no sólo por razón del último transporte de la lancha que con frecuencia llegaba remolcada por la nao, sino con motivo del peligro concerniente a un reembarque ocasionado por la presencia de un núcleo dispuesto a evitar que el forastero, divino o humano, mortal o eterno, procedente de una isla próxima, del cielo o de los mares, pusiese pie en un suelo que era sagrado para sus dueños. Acercamientos cuidadosos, que en principio no fallaron. El catalejo hablaba poco; pero el navegante, en los primeros tiempos de conquista, contaba siempre con el respeto que el crucifijo producía o con el recelo originado por unos forasteros de faz extraña, vestidura absurda, espada al cinto, provistos de artefactos que sonaban ruidosamente, y —en fin— llegados a bordo de una nave de un tamaño inconcebible. Los atónitos observadores solían mirar por entre ramas; y, observando la llegada, oyendo el cabrestante, viendo de más cerca a los intrusos, escuchando un castellano siglo XV que les sonaba a misterioso modo de entenderse, discutían, en voz baja, sobre el peligro o el no peligro de la situación creada, inesperada y sorprendente. Decisión acostumbrada: la de acercarse poco a poco. Para empezar, silencio. Más tarde, gestos y alaridos. Los intercambios guturales comenzaban. De curiosidad no se pasaba. El contacto no ofendía. Refiere Ovando un caso que lo demuestra claramente. En cierta ocasión, Hernando de Soto, «Adelantado del Rey», ofrece a un cacique lugareño, a cambio de esclavos y mujeres, «un caballo, unos borceguíes y un

manteo de grana... todo por llevarlo satisfecho» (14). Y satisfecho logró tenerlo hasta el final de su incursión improvisada.

A lo sumo, cierta mezcla de temor y de sorpresa, frente a otra de emoción y de alegría. Una estrategia dirigida por los cielos, en la esperanza de que los hombres se entenderían.

Los ejemplos son numerosos. Alguno que otro bastaría, porque el factor común es suficiente. Los años pasan lentamente; mas las lecciones se transmiten con violencia. Para los descubridores, el tiempo era muy lento; mas, para nosotros, ha dejado ya de serlo. Ovando, Pedrarias, Grijalba, Ponce de León, etc., actuaron en desorden absoluto, como partículas de sílice que el viento varía de asiento, o moléculas de agua que se remansan o aceleran. Pero, en el siglo XVI, tras meses en que el primer esbozo de colonización tuvo lugar, los descubrimientos fueron tomando aspectos decisivos y distintos. Por las selvas tropicales, sin más ondas que las originadas por el viento, cuando mecía los árboles gigantes, o por las fierecillas cuyos rumores o chirridos no alcanzaban a un kilómetro de fondo, las noticias se deslizaban de tribu en tribu (entre sí desconocidas), lo mismo que más tarde, en el XVIII, se transmitían, sin emisoras ni altavoces, de un almirante inglés a un holandés, del español a los restantes, en forma tal que todos se sentían capaces de ubicar sobre una carta magna la situación de las varias flotas —aliadas o enemigas— que se hallaban separadas, con frecuencia, por cientos de millas y hasta por ciclones o tormentas de cuya existencia sólo se enteraba el que de pronto se encontraba junto a un vórtice sin nombre todavía. Era un tiempo en que no sólo de presagios, sino de temporales en presencia, nadie sabía ni veía más que hasta el horizonte, y aún esto a condición de que las nubes no estorbaran.

En algún encontronazo con los indios, un español se regazaba. Este entonces solía sufrir la pena capital: flechazo al corazón, macanazo (15) al cráneo o un martirio muy cruel; pero a veces sucedía que, por salvar la vida, el rezagado se entregaba —cuerpo y alma (siquiera en apariencia)— hasta el extremo de entenderse con la gente de la tierra, aprender su idioma, adaptarse a las costumbres e insensiblemente dar la sensación de que los invasores eran seres humanos: se morían como los otros, pero llegaban de una zona que dependía de un gran monarca, reconocido dueño del mundo. Tales hombres, en casos semejantes, eran culpables de que la próxima arribada de una

(14) GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano* (IV, 55).

(15) Don Cristóbal de Sotomayor (y varios otros conquistadores) fueron muertos a macanazos, o sea con auxilio de martillos o macanas de su tiempo, o de clavas erizadas de púas de estilo y consistencia muy diversa, semejantes a las representadas en tantos grabados o caricaturas referentes a prehistoria.

nave o una flotilla procedente de La Española o de un puerto cubano no fuese realizada en la forma acostumbrada en los primeros tiempos. De resultas, los indios salían en canoas y osaban enfrentarse con las grandes carabelas. Tal sucedió, en efecto, quizá por vez primera, en Punta Deseada de las Antillas. Actuaron los naturales del lugar como queriendo que los cristianos no descubrieran lo que Oviedo titulaba *una tierra sucia y culpable del pecado nefando contra natura* (16).

Respecto a internamiento, éste variaba a cada paso. Frente a la isla de Las Tortugas, a la entrada del Canal de las Bahamas, Hernando de Soto aguardó durante más de cinco días la oportunidad correspondiente. A pesar de la amenaza, echó a tierra los caballos que llevaba (1518) y avanzó lo más que pudo. *Halló diez indios con arcos y flechas, que venían* (inversamente) *a reconocer a los cristianos.* Cayeron dos caballos y unos adversarios fallecieron. No obstante, el avance continuó. El indígena no preocupaba a Hernando. *Era muy dado a la materia de matar indios desde que anduvo militando con Pedrarias Dávila, en Castilla de Oro y en Nicaragua* (17).

En ciertos casos, gente a la espera. Caras tatuadas y grandes penachos. Gente que había observado desde lejos y presenciado la llegada de los barcos. Hombres que estaban con sus flechas casi siempre amenazando, mas sin que sus disparos produjeran muchas bajas, porque la retirada de los nuestros se hallaba bien dispuesta y convenientemente organizada

☆

A medida que las islas se fueron agotando, hubo que internarse más. Algunos españoles se instalaron en lugares en que hallaban los esclavos necesarios para plantar y producir, recoger y ganar dinero; pero los ansiosos —los que pensaban en riquezas fabulosas, en oro solamente— indujeron a los indios a seguirles, y... en la espesura se perdieron. Los indios en cuestión servían de guías. Conocían las sendas y lo que había detrás de las montañas. Unos cuantos compartieron los productos encontrados, pero otros condujeron a los nuestros por falsos caminos. Algunos cooperaron tan a fondo que ayudaron a los incursionistas a luchar contra los naturales que se oponían a su presencia; pero los restantes aprovechaban toda buena coyuntura para dejar en la estacada a los ansiosos (18).

---

(16) FERNÁNDEZ DE OVIEDO: *Ob. cit.* (III, 301).

(17) *Idem íd.* (IV, ?).

(18) Hubo muertos y matanzas de una y otra parte; pero también los hubo entre los propios indios, deseosos, unos, de usufructuar ventajas resultantes de una excesiva ayuda al adversario que invadía su tierra (mostrando «ríos de oro»,

A veces, el internamiento se efectuaba en excelentes condiciones. Cita Oviedo —como ejemplo— el caso siguiente: Fray Nicolás de Ovando —en los primeros tiempos de conquista—, siendo gobernador de La Española, envió a San Juan, recientemente guarnecida, a *un capitán, hombre de bien e hidalgo,* llamado Johan Ponce de León, que, habiendo estado en guerras pasadas, *era tenido por hombre de confianza y de buena habilidad.* En esta forma, el citado Ponce se hizo amigo de ciertos caciques. Les impuso nombres diversos, que ellos aceptaron sin reparo. Todos hablaron de riquezas. Los asuntos fueron bien; y los nuestros obtuvieron casi más de lo preciso. Lo recogido fue a parar a La Española, en tanto que en San Juan y en otras islas o lugares ocurrían sucesos parecidos. En efecto, la Historia habla de viajes, de excursiones, de visitas y de infinitos recorridos en busca de oro y de metales; mas nada dice, en un principio, sobre empleo de arcos y flechas. Fue preciso que nuevos jefes de expediciones se presentaran en lugares desconocidos, y que su propia naturaleza fuese indigna de alabanza, para que a causa de su dureza, de su carácter o de su comportamiento se dispararan dardos y venablos o se lanzaran las primeras jabalinas (19).

En tales incursiones, los nuestros vivaqueaban. Con prudencia, por supuesto. Siempre temían tropezarse con excesiva masa de nativos, quienes, aun sin arcos ni otras armas primitivas, habrían causado una hecatombe. De la información hallada, salían las decisiones. En un principio, los grandes territorios se abordaban razonablemente. Los ríos cooperaban. Luego, las nuevas halladas inducían a continuar la marcha o a dar por terminada la incursión. Pocos indios ayudaban; pero sus informaciones solían ser fidedignas. Se fiaban casi siempre de quienes los trataban noblemente. Raras veces engañaban. Si lugar tuviéramos para estudiar esta cuestión a fondo, veríamos a los nuestros, desde Cartagena de Indias, desde Bogotá y desde el Río de la Plata, encarrilados simultáneamente a Potosí.

Grandes problemas alimenticios, pocos fueron los sufridos. La tierra daba lo preciso para vivir sobre ella holgadamente. Los conquistadores encontraban siempre lo necesario. En Yucatán, junto a Campeche (1517), «los indios trujeron muy buenas aves, de más peso que pavos y de no menos buen sabor» (20). Trajeron igualmente ciervos y liebres, y creo inútil decir que en tales casos las armas cristianas, quizá cargadas y de

---

guiando hacia los pueblos, denunciando personajes peligrosos, etc.), y dispuestos, otros, a que tales hechos no se produjeran y a que la independencia predominara sobre los intereses personales.

(19) A Hernando de Soto, tantas veces pretendieron condenarlo como ponerle al cuello collares de perlas en prueba de respeto y sumisión.

(20) Solís: *Ob. cit.* (I, ?).

seguro amenazando, no tuvieron ocasión de ser empleadas contra núcleo alguno de la tierra descubierta.

Durante la siguiente expedición a Yucatán (1519), Juan de Grijalba, jefe de la Armada, «hubo de habérselas con los indígenas para tomar el agua que requería su gente» (21). Las discusiones fueron largas. Los indios canjeaban bollos de maíz por cuentecillas de cristal de los cristianos; pero el agua originó dificultades de mayor enjundia que, milagrosamente, se resolvieron sin tampoco utilizar armas de guerra (22).

A veces, nuestros conquistadores se acomodaban a las costumbres de los nativos. Oviedo cuenta, en su famosa *Historia de las Indias,* que en Cuba misma —años antes de lo expuesto anteriormente— «la gente se nutría de unas sierpes tanto o más gruesas que muslos de hombre, y luengas de veinticinco a treinta pies; sierpes que a su vez —torpes y mansas— se alimentaban de guabiniquibixes», que eran mamíferos mayores que conejos. Para matar aquellas sierpes, una cuchilla era suficiente.

En cierta ocasión, transcurriendo aún el año 1520, los indios de San Juan, ya descontentos de nuestro trato, se ayuntaron con el fin de rechazarnos. Según Oviedo, discutieron «entre ponernos en huida o procurar vencernos». Todo se sabía, porque los reales se hallaban cerca, uno del otro. Los indios se movieron lo suficiente para hacer creer que pretendían batallar a fondo. «Mas los cristianos estuvieron quedos y en mucho concierto, e apercibidos junto a sus banderas. Salían, tan sólo, mancebos sueltos, que tornaban a su batallón después de hacer un tiro suelto, bien de asta o de ballesta... E así ocurrió que un escopetero derribase a un indio»; creyéndose que el muerto era importante «porque los indios perdieron pronto el ánimo que hasta ese instante habían mostrado e arredraron un paso atrás (con su mucha gente) hasta donde la escopeta no alcanzase». Pronto los intentos concluyeron. Cayó la noche; y como era oscura «el Gobernador se retiró porque le parecía que era tentar a Dios (el) pelear con tanta multitud y poner a tanto riesgo los pocos que eran, ya que a guerra guerreada, harían mejor sus hechos que no metiendo todo el resto a una jornada».

En Tlascaba —ya en pleno Méjico— todo se desarrolló de otra manera: «cinco mil indios emboscados, y, después, el poder de la Repú-

---

(21) Fernández de Oviedo: *Ob. cit.* (III, 268).

(22) Los hechos mencionados corresponden a las expediciones tercera y cuarta, que por cierto se efectuaron en condiciones bien distintas a como se desarrollaron las dos primeras, en las que, tanto los indígenas como la mar abierta, se comportaron muy duramente con los nuestros.

blica» (23). Ya no se trataba de «albarradas» ni de «guasábaras» (24), sino de batallas en toda regla en que la fuerza no disponía de la gente ni de los medios necesarios. Solís se explica impresionantemente, cuando relata esa batalla —victoriosa al fin— que abrió a Cortés las puertas de Méjico (25).

> Describiremos cómo venían (los indios) y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demás ocasiones de la Conquista, por ser uno en casi todas las Naciones de Nueva España, el arte de la guerra (26).
>
> Eran arcos y flechas sus principales armas. Sujetaban el arco con nervios de animales o correas retorcidas de piel de venado, y en las flechas suplían la falta de hierro con puntas de hueso y espinas de pescado. Usaban también un género de dardos que jugaban o despedían según la necesidad, y unas espadas largas que se esgrimían a dos manos (al modo de nuestros montantes) (27), y hachas de madera en las que se ingerían para formar el corte agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe con puntas de piedra en los extremos, que encargaban a los más robustos; y aún había indios pedreros que disparaban sus ondas con igual pujanza que destreza (28).
>
> Las armas defensivas de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodón, aplicados al pecho; petos y rodelas de tabla, o conchas de tortuga guarnecidas con láminas de metal. Pero en algunos casos el oro sustituía a lo que en nosotros era de hierro.
>
> Los demás venían desnudos, y todos afeados con varios tintes y colores de que se cubrían cuerpo y rostro (29). Disponían de instrumentos y tenían toques de guerra, con que se entendían y animaban en las grandes ocasiones. Eran flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos y un género de caxas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo hasta que respondiesen a la baqueta por el sonido.
>
> Formaban sus escuadrones (30), amontonando más y más sus densidades. Y, con este género de aparato, se iba acercando poco a poco aquel ejército o aquella inundación de gente que venía (como) anegando la campaña. Hernán Cortés reconoció la dificultad en que se hallaba, pero no desconfió del éxito; antes animó con alegre semblanza a sus soldados, y poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba la espalda, y la artillería en sitio que pudiera hacer operación, se emboscó con sus quince caballos, alargándose en la maleza, para salir de través cuando le dictara la ocasión (31).

---

(23) Solís: *Ob. cit.* (I, 301).

(24) La voz «guasábara» sigue empleándose en Colombia, Puerto Rico, etc., con el significado de motín o de algarada *(Dicc. de la RAE)*.

(25) 15 de septiembre de 1519.

(26) Solís: *Ob. cit.* (I, 130).

(27) *Idem íd.* (I, ?).

(28) *Idem íd.* (I, 131).

(29) La fealdad, muchos han dicho —desde Tácito, inclusive— contribuía intensamente a la fiereza.

(30) El «escuadrón» en pleno siglo XVI correspondía a una densa formación de hombres a pie.

(31) Solís: *Ob. cit.* (I, 131-33).

Llegó el ejército de los Indios a distancia proporcionada; y, dando primero la carga de sus flechas, embistieron contra el Escuadrón de los españoles tan impetuosamente y tan de tropel que no bastando los arcabuces y las ballestas a detenerlos, se llegó muy brevemente a las espadas (32). Era grande el estrago que se hacía de ellos; y la artillería, como venían tan cerrados, derribaba tropas enteras. Pero estaban tan obstinados, y tan en sí, que en pasando la bala, volvían a cerrar, y encubrían a su modo el daño que padecían, levantando el grito y arrojando al aire puñados de tierra para que no se vieran los que caían, ni se pudiesen percibir sus lamentaciones (33).

El resultado favorable a Hernán Cortés se debió, sin duda, a la ayuda de los muchos tlascalenses que no se fiaban o estaban en completo desacuerdo con su jefe, el elevado Moctezuma (34). Los indios en cuestión «estaban como leones», y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hiciéronlo muy bien y esforzadamente (35). Se debió también la gran victoria a la cobertura hallada a última hora y a la sorpresa originada por los jinetes que salieron justo a tiempo del lugar en que se habían emboscado. Lo inesperado incrementó la fuerza de los nuestros. La estratagema decidió. Más de quince jinetes habría seguramente entre los árboles; pero, a pesar de la victoria, tras la cual se originó la retirada de los indios, no es probable que las bajas fueran tantas (o tan pocas) como la Historia dice (36).

☆

Otros ejemplos más cabría citar —Cholula, Tenuxtitlán (dos veces) (37), Otumba luego, etc.— sobre costumbres de los indios y remedios de los nuestros. Táctica, logística, estrategia y castrametación se confunden, poco a poco, en el arte de una guerra que tiene más de improvisada que de prevista. Son tantos los casos, y tan inesperados, que

---

(32) *Se nos vienen como perros,* gritaba Díaz del Castillo, que fue herido de un saetazo en la batalla.

(33) Solís: *Ob. cit.* (I, 134).

(34) *Montezuma, Motezuma* o *Mocteozuma,* según los clásicos; pero en la documentación actual de las maestranzas y de la nobleza la ortografía empleada corresponde a *Moctezuma.*

(35) Díaz del Castillo: *Bibl. y tomo citados* (p. 137).

(36) *El ejército enemigo contaba con 40.000 hombres* [Solís: *Ob. cit.* (I, 136)]. *Quedaron muertos en la campaña más de 800 indios y fue grande el número de heridos. De los nuestros murieron dos soldados y salieron heridos setenta* (ídem íd.)

(37) «Tenuxtitlán» o Méjico. *De varias maneras está escrito en las copias* (de las cartas de Hernán Cortés a Carlos V) *el nombre de esta capital. En unas* «Tesmistitlán»; *en otras* «Temixtitlán», y «Temixtitán» *en las demás. Todas son corrupciones de* Tenuxtitlán, *que parece haber sido el verdadero* [Gayangos: *Ob. cit.* (p. 161)].

las resoluciones se han de tomar con la celeridad que impone el repentino avance del contrario o la imprevisible contextura de sus formaciones.

Sin duda, la masa preponderaba. Refiere Díaz del Castillo, hablando del avance de los famosos bergantines que mandó construir y armar Hernán Cortés, para entrar en Méjico definitivamente: «era tanta la piedra con hondas, varas y flechas, que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los más soldados nos descalabraban». Una densidad sin duda intolerable; mas quizá tal densidad fue la que dio valor a nuestras armas y causó una mayor vulnerabilidad a nuestro adversario. No de otro modo cabe explicar de qué manera el mayor tiempo utilizado en apuntar con la ballesta podía llegar a compensar el rápido disparo de los indios, ni cómo un arcabuzazo que aún más tiempo y mayor trabajo requería podía ser útil en momentos en que sus sirvientes recibían sobre sí una verdadera lluvia de piedras y de flechas, así como de dardos de todo género y especie. Todo era improvisado; todo se hacía por tanto a base de instrucciones tan generales o tan amplias, que ni la táctica ni la estrategia participaban en los hechos. Con frecuencia he dicho —y he explicado— que es táctica lo que ha de realizarse pronto (mañana mismo, casi siempre), y estrategia lo que ha de hacerse para preparación de aquella táctica (lo de pasado mañana, si se quiere). Mas cuando se trata de actuar lo antes posible, de acometer sin instrucciones, de ganar hasta segundos... para atacar o para sólo defenderse, no cabe hablar de ciencia ni de arte alguno de la guerra, sino tan sólo de algo improvisado en que el instinto de la masa induce a cada combatiente a hacer lo mismo que su vecino, y a toda la masa a seguir la norma que le intuya su propia audacia, su miedo a la muerte o la Divina Providencia.

Estrategia y táctica se enlazan. Nadie se halla en condiciones de establecer un límite concreto. Una patrulla, a veces, se desplaza estratégicamente, en tanto que, en ocasiones diferentes, grandes masas de hombres se mueven con arreglo a normas sencillas. Estrategia y táctica, en el caso aquí tratado, que se reducían a acciones bélicas en que actuaba la voluntad de un hombre que intervenía o no participaba en el encuentro, en que el movimiento estaba planeado o no estaba previsto, en que ese movimiento se hallaba destinado a sorprender al adversario o simplemente a derrotarlo. Estrategia y táctica, en resumen, eran entonces —y aún siguen siéndolo frecuentemente— principios intuitivos en que la resolución era secundaria o en que el hecho se producía inexorablemente. No en vano, nuestro enemigo, el indio, estaba provisto de

armas semejantes a las que Ciro y Alejandro utilizaban (38); y es fácil, cabe decir, que, en tales condiciones, el movimiento se adelantara al hombre que había de efectuarlo. Piernas se necesitan para andar por los caminos y para subir a las montañas. Las armas por sí solas no se mueven; no se movían, al menos, cuando los Bernal Díaz del Castillo, los Cristóbal de Olid y los Pedro de Alvarado se paseaban brillantemente desde Méjico hasta Guatemala, y aun alguno hasta el Perú.

Pero, aún queda un algo muy curioso que señalar sobre lo táctico y lo estratégico de nuestros grandes conquistadores. Para ponerlo en claro, quizá convenga jalonar las rutas tomadas por aquéllos... y en Valdivia me detengo. De vez en cuando recibían armas de España, a través de Cuba o de Darién. Mas cada uno, al mismo tiempo, prescindía de la pauta de sus antecesores. De unos a otros, diferencias astronómicas. La política interviene, como absorbiendo el arte bélico. Estrategia y táctica se basan en razones que casi no se relacionan con la guerra. Las fuerzas se mueven, no ya en busca de batallas, sino hasta sin saber si habrá una lucha verdadera o no la habrá. Importaba poco a la sazón lo del encuentro armado. Las armas se pedían por si acaso; y las gigantescas marchas se iniciaban y aun se prolongaban a través de toda América aunque las remesas de arcabuces fueran iguales a las recibidas previamente. Pocos años transcurrieron hasta la fecha en que los indios dejaron de creer en el poder de los cañones, en la precisión de las ballestas o en el peligro causado por el empleo de los caballos. Es más, Cortés no había entrado en Méjico, cuando una liebre, en Yucatán, espantó a una hermosa piara que pacía al atardecer, tras de un combate algo violento. Caballos y yeguas desaparecieron y pocos se recuperaron. Pero, desde esa fecha, los cuadrúpedos recriaron, allende la tierra que se ocupaba. De ese modo, andando el tiempo, la caballería de los araucanos llegó a ser, en grandes ocasiones, tanto o más potente que la nuestra. El indio se aficiona al nuevo «medio», y «en pelo» monta como nadie. Un ramal le basta, en ciertas ocasiones; con tacones, voz y el mencionado ramal domina en absoluto a su montura. Maneja el arco tanto al galope como parapetado por su jumento. Contra todo se defiende. Ni los Soto, ni los grandes Orellana se amedrentan ante las fieras ni ante los hombres; y, sin embargo, en plena Europa, el mosquete y el fusil están en auge. Por sorpresa, una remesa llega a América. Pero, a veces, como pordioseros que se paran frente al escaparate de una excelente confitería, los hijos de los conquistadores de la primera etapa se contentan con mirar, con esperar lo que no llega y

(38) Según B. Díaz del Castillo, la tribu de los chichinacas utilizaba *muy grandes lanzas*, mayores que las nuestras de Castilla, *con dos brazas de pedernal e navaja* [Col. y tomo citados (p. 118)].

con admitir que el «blanco» es superior al «indio», aunque, frente a frente, las flechas sigan abriéndose camino por el aire, cualquiera sea el ingenio que las proyecte.

Indios y flechas, nubes de insectos, corrientes de agua como mares...; nada detiene. Y que esto es cierto no cabe duda. Cuzco está en poder de España, la expedición de Almagro ha fracasado, la batalla de Salinas lo ha retrasado todo, Pizarro ha sido asesinado y Valdivia se halla en plena lucha contra los araucanos (1554), cuando Ercilla, refiriéndose al asalto de éstos sobre Peuco, se expresa diciendo:

No las espesas picas, ni pertrechos
bastan, puestas en contra para resistirle;
ni fuertes brazos, ni robustos pechos
pueden, acometiéndole, impedirle
que montones de gente y de armas hechos,
rompan y derriben sin poder sufrirle (39).

Y aún citaré, para acabar, abusando de Ercilla, que los araucanos emplearon en conjunto:

hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bexucos,
tiros arrojadizos y trabucos (40).

De todo un poco; mas poca diferencia con las piedras y los arcos de hacía medio siglo. Armas novísimas frente a no pocas preincaicas. En el Atlántico, los galeones se entrecruzaban cargados de pólvora o abarrotados de oro. Sentidos opuestos. Factores encontrados, Pero aun así, las artes bélicas se aproximaban.

Algo había, sin embargo, inexplicable. Algo enigmático y perdido en el ambiente. Quizá Pizarro hubiese sido derrotado en Garellano; y quizá el Gran Capitán no hubiese dejado en América la huella hispana que impusieron ciertos hombres que surgieron de la nada.

Marzo de 1970

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS
General Goded, 42.
MADRID

(39) *Canto XIX.*
(40) *Idem III.*